

UN PASEO CON SÁNCHEZ VÁZQUEZ POR EL MUSEO DE LAS PULSIONES

TERESA DEL CONDE

En la percepción estética el sujeto se encuentra con una realidad *más humana* que la que le es familiar. Tal es la tesis central de *Invitación a la estética*, el más reciente libro de este filósofo.

Aludir al libro *Invitación a la estética*¹ de Adolfo Sánchez Vázquez es, entre otras cosas, reflexionar sobre una vocación inquebrantable que involucra inquietudes, diálogos, asociaciones, erudición, posibles soluciones a los problemas del pensar y sobre todo disparaderos que alcanzan todos los campos del espisteme. Ha hecho de su vida una ocupación continua en torno al estudio de las ideas estéticas.

Durante la mesa redonda que se llevó a cabo en el Museo de Arte Moderno con motivo de la presentación del libro mencionado, mi participación fue en buena medida resultado de mis desempeños como discípula de uno de los maestros más sólidos y pertinaces que hemos tenido la fortuna de conocer y tratar varias generaciones de estudiosos en la Facultad de Filosofía y Letras.

No me propuse realizar una síntesis del libro, sabiendo de antemano que Bolívar Echeverría, con su gran capacidad de síntesis y claridad de pensamiento se abocaría a hacerlo. Sánchez Vázquez, teórico marxista, fue en el año 1983-1984 asesor de mi tesis doctoral sobre Freud. Mi trabajo de entonces, publicado (también por Grijalbo) en 1987 lleva el título de *Las ideas estéticas de Freud*, en parangón con su libro sobre Marx, Sánchez Vázquez no consideró incompatible, en modo alguno, asesorar una tesis freudiana, antes bien, le interesó sobremanera hacerlo. Su actitud habla por sí sola: la postura marxista, pregonada "sin jactancia, pero sin humildad", jamás ha sido

¹ Adolfo Sánchez Vázquez, *Invitación a la estética*. México, Grijalbo, 1992.

monolítica, sino abierta. Siguiendo con aquel diálogo, que involucra al psicoanálisis, iniciado hace casi diez años, fue que me permití abundar en mi propio campo durante la mesa redonda a la que aludo, indagando algunos de los planteamientos de Sánchez Vázquez formulados en el libro, planteamientos que coinciden con mis propias inquietudes y proposiciones. Para ello me ayudé no sólo de lo que he leído en éste y en otros libros sobre estética, sino de la manera como he podido introyectarlos y sobre todo del recuerdo de algunas experiencias cotidianas. El presente ensayo es una revisión de aquella participación.

En el capítulo “La necesidad de la estética” el autor formula uno de los problemas que se discuten cotidianamente en las aulas, en las conversaciones con artistas y también específicamente en los museos y centros de producción o promoción artística. Me refiero a lo siguiente: las necesidades del espectador “ingenuo” no son las mismas que las del espectador “cultivado”. La frase quizá es susceptible de enunciarse igualmente de este modo: Las expectativas del posible espectador cerrado no son las mismas que las del posible espectador abierto. Para ilustrar esto me referiré a un acontecimiento concreto.

Hace meses encontré a la directora o regente de una escuela, que acompañada de dos guardianas vigilaba a un numeroso grupo de preadolescentes mujeres, exactamente fuera de la verja del Museo de Arte Moderno. Me enteré de que el grupo esperaba a un camión escolar, demorado en dos horas. Saludé y propuse a la maestra-celadora lo que sigue: “Si las alumnas van a esperar dos horas recargadas en la acera del Paseo de la Reforma, ¿por qué no entran aquí?” Respondió: “Porque la visita programada ya se realizó. Fuimos al zoológico”. Repliqué con amabilidad: ¿No desearían en el largo rato que les aguarda de espera visitar los jardines de este museo y mirar las esculturas o alguna exposición? Como son estudiantes, la entrada es gratuita. Ella inquirió: “¿Y qué se ganaría con eso?”

Vuelvo a Adolfo Sánchez Vázquez en el capítulo mencionado. Evidentemente la celadora escolar no encajaba, como espectadora, en una de las principales interrogantes que al autor le sirven de ejemplo. Es decir, no se trataba de alguien que se preguntara a sí misma:

“¿Me servirá la visita para saber cómo se mira un cuadro o una escultura? ¿Le servirá a estas niñas?”

Se trataba, en cambio, de un sujeto que rechazaba la proposición sin calibrarla siquiera. Posiblemente pensaba que se le invitaba a enfrentarse a una otredad absoluta, inabordable por desconocida.

Después de que la mencionada persona volvió a negarse, ya con alguna tirantez, a que el grupo ingresara, volvió los ojos al rótulo inscrito en el cartel espectacular que le quedaba a la espalda, donde se leía: *Manuel Álvarez Bravo. Los años decisivos*. Preguntó si éste era el Museo Álvarez Bravo. No, le dije, no exactamente, pero se expone una buena selección de sus principales obras y él es uno de los más relevantes artistas de la fotografía, reconocido como tal no sólo en México, sino en todo el mundo. La maestra respondió que no lo conocía y que además no sabía si a las muchachas le serviría ver eso. Terca que soy, yo ya pensaba organizar una votación entre las chicas para constatar si querían o no entrar, pero en ese punto la guardiana me atajó con más firmeza que si fuera un general de división en vez de una maestra de secundaria. Comprendí que el caso estaba perdido. Hora y media después observaba yo incrédula que el grupo seguía ahí muy quieto, ante la vigilancia de las capataces. Las niñas, todas muy tranquilas, vestidas uniformemente con conjuntos de *pants* rojos y tenis blancos hacían un hermoso y *sui generis* espectáculo. ¿Tendría que ver la actitud de la maestra sólo con carencia de necesidades culturales? ¿Yo realicé una *invitación a la estética* que, por ser tal, fue radicalmente rechazada?

Las necesidades estéticas o culturales se van creando a lo largo de la vida, pero también es posible que se generen instintivamente. Hay una curiosidad natural, una *pulsión a la investigación* (dice Freud), que emerge entre los tres y los cinco años de vida del niño. Esta pulsión de saber, no es exclusivamente de origen sexual, pero en sus más primitivos estratos sí tiene que ver con la indagación sexual. Cito a Freud: “A la par que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento entre los tres y los cinco años, se inicia en él también aquella actividad que se adscribe a la pulsión de saber o de investigar”.²

² Sigmund Freud, “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), en *Obras completas*, vol. 7. Trad. de José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, p. 176.

La maestra de mi anécdota se negó a que las jovencitas entraran, no porque se encontrara obedeciendo algo así como un mandato divino que hubiese condenado al grupo a visitar el zoológico con exclusión de cualquier otra posibilidad; a mi parecer la negativa ocurrió porque no fuera que las muchachas percibieran algo “indebido” en lo que ahí se mostraba. Eso aun cuando lo que se exhibía correspondería supuestamente a categorías que denominamos estéticas.

La estética, como nos recuerda Adolfo Sánchez Vázquez, abarca todos los campos de la percepción: la naturaleza tanto como el arte en todas sus manifestaciones, y también la ciencia. Una ecuación puede producir emociones estéticas, lo mismo que un silogismo, tal y como Wittgenstein lo señaló.

La percepción estética, apunta Sánchez Vázquez, comporta el carácter concreto, sensible, singular e inmediato de toda percepción.

Yo me permitiría añadir que el bagaje propio, genético y aprehendido, influye radicalmente en la frecuencia e intensidad de la percepción estética. Y que la opción asumida del enfrentamiento estético o la posibilidad de formarse un gusto estético, corresponde a las necesidades culturales y sensibles de cada quien. Estas pueden haber sido fomentadas, reprimidas, o alternativamente fomentadas y reprimidas a lo largo de la vida, pero las experiencias iniciales y las de la pubertad y adolescencia tienen mucho que ver con la disposición o el rechazo a exponerse a la percepción estética de cualquier índole.

En este momento tengo que ejemplificar de nuevo, con una experiencia personal. Yo nací y crecí en un ámbito donde todo el tiempo se escuchaba ópera porque el trabajo que mi padre realizaba inmiscuía a una radiodifusora que transmitía música operística. A resultas de ello, no experimento aburrimiento, sino disposición cuando desde los seis o siete años me llevaban al Palacio de Bellas Artes como espectadora de funciones operísticas que a veces eran muy largas. Sin embargo los vástagos de la familia que yo formé no gustan o gustan poquísimo de la ópera, género que les parece anacrónico, aun cuando disfrutan bastante de la música clásica. Aquí interviene una elección que pudiera denominarse generacional o histórica, pero acaso interviene también la débil exposición al género durante la

primera etapa de la vida y el hecho asociativo de una sensación de pérdida, puesto que la susodicha difusora pasó a manos ajenas, ya no auspiciadoras de la ópera.

El capítulo de *Invitación a la estética* que con mayor fruición leí, aparte del capítulo sobre lo cómico, es el del sujeto en la situación estética (capítulo III de la segunda parte). Adolfo Sánchez Vázquez nos dice que el interés perturba, mediatiza o anula la percepción estética. Es decir, que hay grados de percepción estética: a mayor interés extra-estético, menor posibilidad de percepción, estética.

Con todo respeto me permito manifestar que creo casi imposible el que la percepción se encuentre desprovista de interés. “Aquello que es visto (lo que percibimos), se ve dependiendo de cómo sitúa el observador su atención, es decir, de las anticipaciones que desarrolle y de las exploraciones perceptivas que realice”, dice Ulric Neisser en *Cognition and reality*.³

No nacemos con una fábula rasa en la cual se van imprimiendo signos susceptibles de ir formando estructuras más o menos delimitadas. Ya hay algunos trazos incididos en esas primitivas matrices y estos trazos atraen otros, como también, simultáneamente pueden repeler la adición de las improntas posteriores. Es como si el esquema de mapa cognitivo que trae cada ser humano al nacer, ya tuviera, en bruto, unos territorios más susceptibles de ser explorados que otros.

La experiencia estética se me presenta a mí, matizada en la mayoría de los casos, con interés... De lo contrario yo analogaría la experiencia estética a la mística, en ésta, nos dicen santa Teresa y san Juan de la Cruz; el ser sale de sí. Algo no muy distinto propone el autor del libro que comentamos cuando dice que “sujeto y objeto se separan de sí mismos, o más precisamente de una parte de su ser, para poder encontrarse en la situación estética [...] El sujeto se separa de su realidad vivida: el objeto de su realidad corpórea como cosa entre las

³ “What is seen depends on how the observer allocates his attention, *i. e.*, on the anticipations he develops and the perceptual explorations he carries out”. Citado por Ernst H. Gombrich, en *The sense of order*. The Wrightsman Lectures, Oxford, Phaidon Press, 1980, p. 95.

cosas. Y justamente al comportarse así, el sujeto puede apropiarse el objeto en su riqueza estética".⁴

Esta posibilidad que nuestro autor denomina dialéctica de la identificación y el distanciamiento, a mi se me aparece como una polarización, como una situación ejemplar que en la realidad no puede darse. Del mismo modo no existe la abstracción total ni siquiera en Malevitch o la iconización absoluta, es decir, la reproducción de la realidad, ni en los más acendrados hiperrealistas, como Douanc Hanson, por ejemplo, o bien como la que nos depara José Castro Leñero en la serie de las obras que integran su exposición *La imagen encontrada*. Algunos de sus trabajos engañan al ojo al trasponer otras técnicas con obsesionante exactitud, valiéndose del aereógrafo, pero ni así son totalmente icónicos.

Resulta entonces que para mí la situación, o la percepción estética pura no es alcanzable sino en grados aproximativos. Creo que los seres humanos no nos encontramos compartimentados de modo tal que las pulsiones que proceden de un conglomerado, puedan quedar soterradas totalmente bajo el empuje predominante ejercido por otro conglomerado diferente, que logra saltar a primer plano en el campo de la conciencia.

Debido a que he visto varias veces, en diferentes situaciones, las obras del pintor antes mencionado, es que me permito ahora tomarlas como ejemplo. Durante las visitas al estudio de José Castro Leñero, previas a la selección que finalmente realizamos para la exposición, mi visión de los conjuntos era distinta de la que obtuve una vez que fueron museografiados. Durante algunas de aquellas visitas surgían recuadros, que mi atención tenía relegados a la penumbra, o bien sucedía lo contrario: algo que me había impactado no encajaba ya del todo bien. La observación era concentrada, pero ¿era desinteresada? Ni aunque me hubiera podido despojar de todos mis intereses (cosa imposible), dejaba de actuar cierta mediación: el artista debía quedar complacido con la selección, puesto que él es el que

⁴ A. Sánchez Vázquez, *Invitación a la estética*, p. 141.

más sabe de su asunto, eso por un lado, por otro, yo también tenía que quedar complacida: esto equivale al grado más alto de percepción estética, misma que en todas formas se daba "contaminada" por una pulsión cognitiva, del tipo, "¿qué hay detrás de todo esto?" A lo que se añadía otro ingrediente para nada despreciable: los objetos tenían que ser susceptibles de quedar desplegados en tal forma que hicieran un conjunto sólido y eficaz. Esto último no pude verlo, sino sólo imaginarlo hasta que los museógrafos, de acuerdo a cuidadosos lineamientos establecidos por el artista, levantaron la exposición. El conjunto de la muestra resultó poseer una *gestalt* fuerte, que no podía percibirse como tal durante las visiones sucesivas.

Posteriormente existió la posibilidad de conocer la reacción de otros espectadores no involucrados con el trabajo, ni con la responsabilidad de presentación en una sala de museo, de esta muestra que me está sirviendo de ejemplo.

A mayor habituación de enfrentamiento con productos que, como los que se exhibieron, fueron concebidos con propósitos estéticos por su autor, los comentarios tendieron a mostrar o a manifestar consensos o antinomia, que tienen que ver con experiencias estéticas. El visitante ocasional que entró por casualidad, mostró en no pocos casos disgusto. Propondré algunos ejemplos:

"Admirable el talento, la sensibilidad hacia las cotidianas imágenes de un rostro o de una sombra en la ciudad". (Firma un estudiante de diseño de la ENAP).

"Me gusta su obra. Me lleva a profundidades hermosas. Gracias". (Firma una psicoanalista de la escuela frommiana.)

"Esto está lejos del arte". (Firma alguien que se dice "obrero del siglo XX".)

"*iFantastik!*" (Anota escuetamente un finlandés, secundado por un noruego, aunque no indican sus respectivas profesiones o quehaceres.)

"*A very inspirational combination of media*". (Anotan Jo y Paul, viajeros de vacaciones en México que provienen de Australia.)

Un japonés deja escrito: "*This artis has aptitude for art*". La frase me llama la atención por lo siguiente: el espectador oriental hace distinción implícita entre arte como *metièr* y arte como expresión estética.

Un norteamericano de Maine, en vez de anotar recado dibujó unas figuras a modo de homenaje. El espectador que escribió después dejó testimonio, esta vez dirigido no al artista, sino a mí.

“Enormement hereux que vous n’avez pas invité cet artiste dans votre musée”. (Enormemente contento de que no haya invitado a este artista a su museo).

Otro espectador anotó lo siguiente, sin firmar: “Sean honestos, cabrones, qué hueva”. Se refería a que él creía que algunas de las obras eran fotos o medios mecánicos de reproducción de cuadros famosos.

Exactamente bajo el comentario del anterior se lee: “Qué maravilloso homenaje a la ciudad”.

Hubo también felicitaciones al artista que tal vez se encontraban mayormente matizadas por el atractivo que las comentaristas femeninas experimentaban hacia su persona que por las resultantes del enfrentamiento con las obras, sin dejar de señalar la valía de éstas. Algo así como “mis ojos te dan las gracias”, pero no se sabía exactamente en qué sentido esos ojos se encontraban agradecidos. Posiblemente lo estaban, tanto por la persona del autor como por la obra.

Un famoso filósofo de la historia a quien le gustan las polémicas y es poseedor de vasta cultura humanística y mente lúcida, se pasó hora y media examinando todo. Después, a sugerencia mía, escribió dos renglones: “Sería falso decir que todo me gustó. Escogería tres”. Por cierto dicho maestro prefirió piezas que no forman serie y que no saltan a la vista de primer envite.

El repasar estas cosas me hace mencionar, aunque sea de soslayo, los excelentes capítulos que sobre lo cómico y lo grotesco encontramos en el libro de Sánchez Vázquez “Hay una definición seria de lo cómico”. (El humor siempre ha sido cosa muy seria, dice Sánchez Vázquez, y hay aproximaciones mediatizadas o interesadas, no por ello menos válidas, hacia la estética, me permito decir yo.)

La mediatización tiene que ver mucho con las relaciones de producción y con el consumo de la obra. Así las cosas, un posible *dealer* o galerista que representase al pintor, encontraría que todo es bueno, pero destacaría específicamente a aquellas obras que son propiedad particular del artista y que por tanto no han sido vendidas. Un coleccionista gustará posiblemente más de aquellas obras que son de su propiedad, que las que pertenecen a otros coleccionistas, cosa natu-

ral, porque la percepción de obras inaccesibles, aunque de algún modo familiares e identificables con las que se poseen, se encuentra tamizada de elementos de rivalidad. Para los coleccionistas las piezas que despiertan sentimientos de apetito, son objetos de deseo. La situación o la experiencia estética en todos los casos ofrece ese ambiguo ingrediente que tiene que ver con el deseo ese "oscuro objeto" que Buñuel identificó únicamente con lo femenino, pero que ofrece múltiples direcciones. Aquí entraría el problema de aquello que llamamos "belleza". Ésta, como bien dice Sánchez Vázquez, no es universal, aunque ciertamente por mucho tiempo lo bello se identificó con el concepto de belleza que Winckelman propuso: la belleza que llamamos clásica, cuyo modelo parte del mundo greco-helenístico. Tampoco se trata solamente de la belleza de la fealdad (el ejemplo predilecto de nuestro autor lo proporciona Goya con el *Saturno devorando a sus hijos*), que de sobra conocemos por haberla experimentado, aunque no se nos haya enseñado en los libros que tal tipo de belleza existe.

Se trata de la libido... como fuente de placer. Las experiencias estéticas se encuentran (aquí sí, como las místicas) matizadas de la sexualidad de cada quien.

Lo que comparto absolutamente, de manera inextricable, con el autor de *Invitación a la estética* en estos terrenos de la percepción, es su adhesión al poder desautomatizador y crítico que ejerce el arte.

Dice Adolfo Sánchez Vázquez: "Al quitar esa marca de familiaridad que hoy mantiene (las imágenes) al alcance de la mano, el sujeto (en este caso tanto el artista como el espectador) recupera su libertad, su poder reflexivo y crítico, su capacidad de aceptar una nueva realidad". En conclusión, en la percepción estética el sujeto "se encuentra con una realidad *más humana* que la que le es familiar". Para Adolfo Sánchez Vázquez el desplazamiento de la realidad vivida a otra, la estética, implica una experiencia más plena y profundamente humana.